

EL CARISMA DE LA VIDA MONÁSTICA⁵⁵

Hablo en nombre propio, este testimonio es personal, expresión de mi vida monástica. Me parece posible intentar una definición del carisma monástico en estas tres notas: *Eclesialidad – Humanidad del hombre – Experiencia espiritual de Dios*.

1. Eclesialidad

Cualesquiera hayan sido los comienzos bastante imprecisos de la vida monástica y la huida al desierto, esta última jamás fue concebida como una salida fuera de la Iglesia, ni aun como una separación del mundo, sino en el sentido en que la Iglesia misma de por sí está separada. Rápidamente, por otra parte, los lugares de implantación de los monasterios han variado mucho y ¿hay que hablar, por este motivo, de lugares carismáticos? De esto se hablará más adelante.

Eclesialidad deliberada, se trate de la doctrina, de la liturgia (casi siempre particular en su disposición, jamás particularista en su intención), del papel activo de la jerarquía eclesiástica en ciertos casos (autenticación de las iniciativas del fundador; reconocimiento de los superiores sucesivos; vigilancia de la “bona fama...”). Eclesialidad en el sentido más fuerte en lo que concierne a la Palabra de Dios; ésta es la fortuna del monje porque ella lo es de la *Ecclesia*.

Eclesialidad jamás declarada. Ella es natural y como tal, parece ser no el carisma, sino el *Sensus Ecclesiae* común, que provoca una disponibilidad en la cual los ejemplos son numerosos, aunque siempre bastante difíciles de interpretar.

En ciertos momentos muy particulares de la historia de los monjes, en efecto, se manifiesta una intervención de la jerarquía eclesiástica (y a menudo se trata del mismo Papa) que provoca un desplazamiento del monje. En el siglo VI, es pionero en Irlanda, luego en Kent, más tarde en los países germanos, en Alemania, etc. En el siglo XVI, el monje portugués se halla en Brasil. En el siglo XIX y particularmente cuando se funda la *Propaganda Fide*, Pío IX confía a los monjes las Prefecturas apostólicas en Australia., Nueva Zelandia, Bengala, en Texas, etc... Pío XI quiere monasterios en Asia, Pío XII en África, Juan XXIII en América Latina, Paulo VI en Europa. Y este mismo *sensus ecclesiae* prueba su eficacia.

¿Es en función de un carisma monástico? El llamado de los últimos cuatro Papas evocados es claro: creen que los monasterios son lugares carismáticos donde la Iglesia se manifiesta en su función contemplativa, para retomar el título de la primera carta pastoral del Arzobispo jesuita de Milán. Pero ¿antes de ellos?

¿Los monjes serían llamados y deseados como monjes o en tanto que son sacerdotes? Pues los monjes han devenido sacerdotes. Incluso hizo falta esperar la época contemporánea para que se diga claramente que el monaquismo no es ni clerical, ni laical, teniendo en cuenta que entre sus miembros unos son sacerdotes, otros no-sacerdotes, monjes tanto los unos como los otros. Si la clericatura no es incompatible con la vida monástica, ella puede devenir para el monje una coartada que, finalmente, puede transformarlo completamente en un exclaustro, de una exclaustro no canónica pero sin embargo real.

⁵⁵ Ponencia en la Reunión de Superiores Generales, Frascati, junio de 1981. Tradujo: Hna. Laura C. Kassabachi, OSB. Monasterio “Gozo de María” (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

La cuestión es difícil, porque las mismas circunstancias históricas vienen a complicarla; durante el *Kulturkampf*, tomemos este ejemplo, algunos religiosos de órdenes apostólicas son echados, luego reemplazados por monjes en ciertas actividades (enseñanza sobre todo) que, al comienzo eran sólo la razón social permitiéndoles ser considerados como no inútiles, y que con los años se vuelven una tradición. Estos lugares monásticos ¿son todavía considerados como lugares carismáticos en virtud de un carisma propiamente monástico?

2. Humanidad del hombre

Ustedes ya lo saben: los monjes, en muchas ocasiones, cuando no a todo lo largo de su historia, han meditado este misterio bíblico y redactado numerosos “de anima”; lo que nosotros llamaríamos hoy antropologías.

Se trata, por otra parte, tanto más de las actividades temporales del hombre (digamos: su compromiso en la vida histórica) que de lo que, en cada hombre, es profundamente inactual y de ahí durable y capaz de eternidad. Una cierta puesta a distancia, provocada por la vida monástica, ¿no es acaso la mejor condición para una mejor comprensión? ¿no permite acaso una acomodación de la mirada que permite no sólo percibir sino ver?

A decir verdad, este retroceso es una actitud tan “humana” que a ningún monje se le daría la exclusividad de la mirada justa. Y los espejismos son reales en la vida monástica. Sin embargo pensamos que un lugar monástico puede volverse simplemente un lugar carismático gracias a la doble mirada de que habla san Bernardo: un ojo adelante, un ojo atrás; y se trata aquí tanto de la atención a Dios como de la atención al hombre.

Mencionemos rápidamente que, entre otras, la Regla dada por san Benito a los monjes da un lugar esencial a la justicia, a la preocupación de la libertad del hermano, de su liberación humana. Si él redacta para el monje el Decálogo, es porque el monje, simplemente hombre, es capaz de robar, de matar, de adúlterar, etc... Aquí están los pecados del mundo, y el modelo del monje no es Jesús sino el Publicano del Evangelio. Un gran lugar se da a la discreción, considerada, por otra parte, en san Benito más en lo que se refiere al gobierno de una comunidad que en su función puramente espiritual de discernimiento de los espíritus. Humanidad del hombre, voto y esfuerzo del monje, muy consciente de que la tarea es larga.

Más allá de estas dos primeras notas que han provocado lo que muchas veces es un bello slogan simpático pero insuficiente (como: “*Ora et labora*”, “*Pax*”, “*Acogida benedictina*”, *trabajo del monje*, etc...) más allá de tales criterios que no me parecen decir lo esencial del sentido de vida humana que poseen la Iglesia, y Dios lo quiera, el monje, busquemos precisar mejor este esencial humano. Nos vienen, a mi juicio, dos nombres complementarios y ligeramente opuestos en apariencias, que definen al monje de san Benito: él es *monos*, él es *koinos*, él es solitario, él es cenobita. No es verdaderamente solitario sino cuando es capaz de comunión. Su *koinonía* no es verdadera, no es cristiana sino cuando él es capaz, no de aislamiento, sino de soledad. Allí está el misterio humano que se interesa menos en la composición de dos o tres elementos (cuerpo, alma, espíritu) que de lo uno y de lo múltiple en él, hombre en Él, Dios. Lo uno y lo vario, de eso el monje puede hablar mucho, tal es su vida, tal es la vida humana, allí está el sufrimiento, el gozo. Digamos, allí está el amor.

El hombre considerado como libertad. El hombre llamado a ser *socius*.

Una vez más, ¿no podemos hablar de carisma a propósito de tal comunidad cuando ella sabe totalmente humanizar sus relaciones, cuando el lugar es aquel de la acogida, de la espera, del perdón y de la alegría?

Carisma, por tanto acción actual del Espíritu y de Dios. Dios solo, diciendo al hombre que él es.

3. Experiencia espiritual de Dios

Los monasterios ¿son lugares de santidad? Son más bien, según san Benito, talleres, diríamos usinas y, si la obra terminada atrae la mirada y la colma, esta mirada humana puede ser más atraída por la actividad de esta usina, las trampas que deshace, las soluciones dadas, digamos: la vida que nace y el arte que crea. Al menos en el ideal, el monasterio es de tal modo una usina humana y cristiana, y de ningún modo es el cielo en la tierra, sino el hombre en marcha hacia Dios. Experiencia de Dios, tomando la palabra experiencia en el sentido en que la toman de buen grado Jean Mouroux, Urs von Balthasar, para decir, no la experimentación de Dios por el hombre, sino el encuentro de Dios por todo lo humano, un humano totalmente sometido a la acción del Espíritu de Cristo.

Retomando las dos palabras claves de la vida monástica, el *monos* y el *koinos*, definiríamos de buen grado el carisma monástico como la posibilidad dada a la Iglesia y a la humanidad, una y otra, que manifiestan la práctica en un lugar, el monasterio, de las dos “*impossibilia*” evangélicas: orar sin cesar, amar a todos los hombres. Oración y amor se originan en Dios que llama, y se sitúan primeramente en el *monos* para llegar al *koinos*, *koinonía* humana y cristiana, eco y efecto de la *Koinonía* trinitaria. Oración continua, amor universal. ¿Quién puede decir que es un tal contemplativo, un tal amigo de los hombres? ¿Quién sino Cristo y aquellos que creen en su nombre y ponen su fe en práctica?

Y esto nos conduce a lo que me parece ser el nudo del carisma monástico: la experiencia de la nada.

No de la nada negadora o renegadora del hombre; no una nada de desesperación o de celo. Sino una nada que, más allá de las impotencias, encuentra su fuerza en el todo divino. Hablábamos de la liberación del hombre y es un deber para la comunidad monástica con respecto a sus miembros. Pero se trata aquí de la salvación, lo que Dios da gratuitamente.

Esta experiencia espiritual de Dios que salva por amor gratuito al monje que descubre su incapacidad radical, es el origen de su alegría y de la conquista de la tierra.

¿Hay lugares carismáticos? Sí, allí donde el Espíritu encuentra hombres que le dejan decir sin cesar a Dios: Padre, y a los hombres: Hermanos. Allí donde el *monos* es bastante respetado para que libremente el *koinos*, el *coenobium*, allí se acoja y se realice.

*La Pierre-qui-Vire
Francia*